

# Dios, dulce hogar. 50 años de búsqueda

En Francisco RODRÍGUEZ VALS y Juan José PADIAL (eds.), *Ciencia y Filosofía. Estudios en homenaje a Juan Arana*. Sevilla 2021. Ed. Estudios Themata. Vol. I, pp. 137-146.

Javier Luzón Peña

Licenciado en Filosofía y Letras

Doctor en Teología

Poco tiempo antes de que se cerrará la edición de este libro homenaje al Profesor Juan Arana, cayó en mis manos su último trabajo, *Teología para incrédulos* (BAC Popular, Madrid 2020), un escrito que he disfrutado durante mis vacaciones, como ya me había sucedido con otras publicaciones de este compañero de carrera y amigo, en esa época del año que acostumbro a reservar para los libros que preveo que me merecen un espacio de serenidad.

Ambos dimos nuestros primeros pasos universitarios en la Universidad Complutense de Madrid, en los tiempos subsiguientes a la revolución del mayo francés de 1968: él en la Escuela Superior de Caminos y yo en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1970 dejé Madrid, donde habíamos tenido unos 4 meses de clases y 5 de alborotos, y me trasladé a la Universidad de Navarra donde coincidí con Juan y fuimos compañeros, primero como alumnos de la Sección de Filosofía y posteriormente como profesores ayudantes de esa misma Sección.

Durante unos pocos años nos separamos porque él se trasladó a la Universidad Sevilla con el Profesor Arellano y a mí me alcanzó la vocación al sacerdocio. De 1980 a 1991 volvimos a coincidir porque, ya sacerdote, fui destinado a Sevilla y retomamos nuestros contactos: con él y con Marita, su esposa, a quien ya me había presentado en Pamplona. A partir de 1991, en que dejé Sevilla, nuestros encuentros han sido ya esporádicos, aunque constantes.

## 1. Un testimonio muy personal

Cuento estos detalles para que se entienda mejor el interés que me ha suscitado *Teología para incrédulos*, en cuanto que se trata de un escrito eminentemente testimonial en que este amigo, con quien tantas veces había tratado a fondo temas trascendentes, desvela explícitamente el proceso interior que ha subyacido a tantas publicaciones suyas en las que, como filósofo de raza que es, ha encarado de frente las resonancias sapienciales que brotan de la consideración filosófica de las ciencias.

El conocido teólogo Olegario González de Cardedal, que prologa el libro, destaca el interés de este trabajo por los recursos que ofrece a los creyentes interesados en dialogar con la increencia ambiental a que ha llegado la sociedad post cristiana: por el tono, la forma testimonial, su estilo cercano y su forma de argumentar ante quienes no aceptan la revelación divina.

«En este libro —resume González de Cardedal—, ¿quién habla? Un filósofo. ¿De qué se propone hablar? De Dios, de su relación con el hombre y de la relación, posible o imposible, del hombre con Él. ¿Y a quién se dirige? A

quienes no creen en Dios, o creen no poder creer o queriendo creer no encuentran el camino para llegar a una fe fundada, serena y gozosa» (p. 11).

No realiza el profesor Arana un discurso de teología sobrenatural, que parta de la revelación divina y la explique; sino un desarrollo de teología natural, que analiza los destellos trascendentes de las realidades creadas: algo que aparece constantemente en sus escritos, en los que son habituales las consideraciones sapienciales que se desprenden del estudio de las leyes físicas, de la mente humana o de la libertad personal.

En toda realidad creatural brillan los trascendentales del ser, que remiten a Dios. Cuestión distinta es que nuestra inteligencia espiritual esté ofuscada y no seamos capaces de descubrirlos. Pero la dependencia trascendental de lo creado respecto de su Creador empuja a mirar hacia Éste, máxime cuando la observación del cosmos se aborda desde el nivel científico y se van conociendo más profundamente las maravillas insertas en la creación. Por eso no resulta extraño que hayan sabido captar esa dimensión trascendente, por ejemplo, científicos de la talla de los Premios Nobel de Física William D. Phillips, Carlo Rubbia, Arno A. Penzias, Arthur H. Compton, Arthur L. Schawlow, Max Planck, Albert Einstein o Werner K. Heisenberg.

Pero es que, además, un filósofo de las ciencias tiene como misión centrarse en esa consideración filosófica, esto es, sapiencial, de los avances científicos. Y así, ha sido constante en la tradición europea que los grandes pensadores hayan realizado abundantes aportaciones en filosofía y en teología: natural y sobrenatural. ¿Cómo se le va negar teologizar a ningún ser que ha sido creado para Dios y mucho menos si es existencialmente un pensador?

Por eso, el Profesor Arana, que, significativamente, dedicó su discurso de entrada — como miembro de Número de la Real Academia de las Ciencias Morales— al proceso histórico de separación entre ciencia y filosofía, no ha esquivado esta misión ineludible para un auténtico filósofo de las ciencias.

Por contra, a la inversa de ese proceso de separación entre ciencia y filosofía, sus obras están plagadas de referencias a las más importantes cuestiones meta-físicas que se debaten en el mundo de los científicos: la fragilidad del relativismo, la disyuntiva entre apariencia y verdad, los orígenes ilustrados del artificial conflicto entre fe y razón, el panteísmo del pensamiento del siglo XX, o los límites de la comprensión naturalista de la mente y de la interpretación mecanicista del cosmos.

Y ahora, al abrirnos su interioridad en *Teología para incrédulos*, Juan Arana nos ha desvelado el debate interior que ha mantenido durante cincuenta años, que explica su concentración intelectual en los susodichos temas y que le ha conducido finalmente al encuentro con Dios.

Así, *Teología para incrédulos* se suma a los no pocos testimonios de quienes se han encontrado con Dios después de haberlo buscado afanosamente. Es eminentemente un relato repleto de fino humor y respetuosa ironía, en el que dialoga con rigor filosófico con la ciencia y la cultura contemporánea, y desvela retazos de su trayectoria hacia Dios, ofreciendo iluminar desde ella la de quienes puedan haberse encontrado en encrucijadas semejantes.

## 2. La degeneración del 68

Juan nació en 1950 en el seno de una familia navarra no separatista y de larga tradición liberal. Ni la etapa de escrúpulos religiosos —que padeció en su niñez y que superó gracias a la comprensión y cercanía de su padre—, ni los castigos o los métodos nacionalcatolicistas que se usaban en su colegio de curas, hicieron mella negativamente en su sensibilidad religiosa, convirtiéndose en un joven a quien le fascinaba la idea del primer Teilhard de Chardin, de divinizar las actividades y pasividades.

Pero Juan Arana pertenece a esa generación a la que nos tocó vivir lo que suelo llamar la *degeneración del 68*. Su padre le había animado a hacer Caminos, para lo que se había trasladado a Madrid, cuya universidad se encontraba en la convulsión más virulenta. Se alojó en el Colegio Mayor de los dominicos quienes, dentro de esa Iglesia en caída libre del post concilio, se tambaleaban en su fe. Y respiró en ese ambiente del marxismo agresivo de Marcuse, que imperaba en los ámbitos universitarios.

Desmotivado con los estudios de ingeniería y afectado por la intensa crisis de creencias en general, y religiosas en particular, del Occidente de la década de los 60, Arana decide dejar Madrid y volver a Navarra para comenzar en Pamplona los estudios de Filosofía y Letras, que respondían mejor a sus inquietudes interiores.

Siguiendo los presupuestos cartesianos que han configurados la modernidad, el incipiente filósofo decide renunciar a todo lo que pensaba que podría quitarle objetividad de juicio. Y así se mantuvo durante 40 años: cosa que ahora reconoce que no fue lo adecuado, aunque hoy le permita asegurar que las creencias recuperadas desde la increencia han sido probadas muy a conciencia.

No obstante, su postura en esta materia no ha sido antirreligiosa. Como puede advertirse en los capítulos en que se refiere a los defectos de la institución eclesial, su actitud ante lo religioso y lo católico carece de toda acritud. Y es que, a pesar de haber leído todos los libros de ateos, herejes y descreídos que encontró, sus raíces familiares, la compañía de su esposa e hija —creyentes—, y el no haberle faltado la cercanía de colegas y amigos con fe, le llevaron a no tener problemas para mantenerse abierto al encuentro con Dios, como afortunadamente ha acabado sucediéndole hace año y medio.

De hecho, el Profesor Arana no ha tenido nunca problema en participar y apoyar con su presencia en ciclos de conferencias u otros proyectos culturales promovidos por católicos. Y su postura en sus libros ha sido más la del creyente que la del contrario a la fe.

En este sentido, no me resisto a contar una anécdota que me parece muy significativa a este respecto. No me es difícil determinar el momento, porque sucedió el día en que el Excmo. Sr. D. Juan Arana Cañedo-Argüelles fue recibido como Académico de Número en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Aquel martes primaveral, 5 de mayo de 2015, al llegar un rato antes del acto a la preciosa plaza de la Villa de Madrid, en que está situada la Academia, me acerqué a saludar a mi amigo quien, después de corresponder a mi saludo, me dijo que quería presentarme a la persona que estaba con él en ese momento, porque deseaba conocerme.

Cuando, al acabar el acto, pregunté a esta persona qué se le ofrecía, este señor me explicó que pertenecía a una familia de arraigada tradición antirreligiosa; y que él, por haber sido criado en el más estricto ateísmo, no tenía fe, ya que nunca se había encontrado con Dios. Pero —y aquí viene lo interesante— que él no sólo no se sentía anticatólico sino que era muy respetuoso con lo religioso porque, desde que había conocido a mi amigo Juan —a quien consideraba la persona más inteligente con que había tratado en su vida, y que se declaraba creyente—, estaba convencido que la religión no podía ser nada irracional, a pesar de lo que contrariamente le habían inculcado desde pequeño.

Subrayo que este suceso aconteció tres años antes de que Juan Arana se encontrara con Dios, y todas sus ideas sapienciales acabaran de ajustarse. Por todo ello pienso que esa persistencia en proseguir la búsqueda, su apertura a la verdad de lo intramundano y de lo trascendente, y su honestidad personal y profesional han sido el ancla que lo han mantenido, con sus más y sus menos, en las tempestades de esa peregrinación espiritual que por gracia de Dios ha culminado en la experiencia religiosa que él cuenta que ha tenido hace año y medio, y que lo ha vuelto religioso precisamente en una época en que la religión no está muy de moda.

### **3. Los debates**

Detengámonos ahora en los temas a los que el profesor Arana dedica los veinte capítulos de su libro. Ante todo, me gustaría destacar el tono respetuoso y suave con que desbroza los temas debatidos. Él mismo reconoce que quizá alguno habría deseado más contundencia en la argumentación, o que se hubiera centrado más en lo volitivo que en lo intelectual. Pero ése no ha sido su proceso interior, que se ha movido más en la cabeza que en el corazón, y que le parece también válido en cuanto a él le ha abierto a la revelación divina.

El autor advierte que lo que pretende es compartir su experiencia personalísima, por si pudiera ayudar a alguien decepcionado de la Iglesia, o que la combate, o que, sin conocerla, ha empezado a interesarse por ella al encontrarse con algún cristiano ejemplar. Y por tanto lo hace con esa comprensión hacia los que se cuestionan los postulados de la fe, del que ha pasado por esas mismas dificultades.

Me ha recordado la diferencia entre las charlas que daba Clive Staples Lewis sobre *El sentido del dolor*, y el tono, tan diferente, que adoptó cuando en *Una pena en observación* describe el sufrimiento que sintió él cuando el dolor llamó a su puerta con ocasión de la muerte de la mujer que amaba en su madurez.

Juan Arana va a tratar unos temas, que suelen ser dificultosos para quienes cuestionan la fe y que él ha llegado a superar, porque entiende que su experiencia personal puede ayudar a otros. Y al hacerlo, nos ofrece un tesoro de teología natural, tratado desde la experiencia y desde la amplia cultura filosófico-científica que caracteriza a mi amigo.

## *La existencia de Dios*

En su respuesta a la carta de un alumno, el Profesor Arana le explica que, desde el descalabro del 68, ha estado buscando a Dios —hasta encontrarlo hace poco y con él a sí mismo—, al darse cuenta de que el universo es demasiado grande y bien hecho como para que haya surgido al azar. Y le va aportando los datos que, desde su trabajo de filósofo de las ciencias, le han ayudado a reconocer esa existencia.

A Arana no le convence lo del Kant pre-crítico en *El único argumento para demostrar la existencia de Dios*. Los argumentos tienen que ser múltiples, como irrepetibles son las personas, porque no se trata de un asunto que dependa sólo de lo meramente racional. Concretamente, en su caso, lo que más le convence es lo que él llama el “argumento de la deportividad”: puesto que Dios está sobre todo y detrás de todo, lo necesitamos y podemos conectar con Él; mientras que, sin Dios, quedamos abocados a vivir la vida a cara de perro.

Y, puesto que lo necesitamos, Dios tiene que habernos enviado señales adaptadas a nuestro modo de ser y conocer, para que podamos encontrarlo. Y en el momento en que se busca con honestidad cuándo y dónde se han producido esas señales, no es difícil reconocer que, como exclamó Simón Pedro, el pescador de Galilea, sólo Cristo tiene palabras de vida eterna.

Al referirse a esas señales, el autor menciona las señales colectivas, como la existencia de los milagros, cuya eficacia apologética suele depender de la situación interior de los que los presencian: según me confiaba una vez una persona que me preguntó si yo, como exorcista, podía rezar por él, que era ateo, porque se sentía atacado por los demonios: “Yo no creo en Dios, aunque no niego que pueda existir —me decía—, porque no me lo he encontrado; pero sí creo en los demonios, porque me atacan frecuentemente”.

También menciona Arana la existencia de experiencias personales, que abren a lo religioso: como una vivencia espiritual especial que tuvo en una ocasión por la noche; y, sobre todo, la que hace año y medio, después de 48 años de búsqueda, ha disipado sus dudas sobre Dios y sobre sí mismo.

Y es que, como subrayó Romano Guardini en *La esencia del cristianismo*, ser cristiano no es un conjunto de dogmas, por más que no se pueda serlo sin aceptarlos; ni un conjunto de ritos sacramentales, si bien no podemos ser cristianos sin actuar la fe en los sacramentos; ni un conjunto de normas morales, aunque no se pueda ser cristiano sin procurar vivir la moral evangélica: ser cristiano es principalmente un encuentro personal con Jesucristo.

Así lo recordaba Benedicto XVI en el primer párrafo de su encíclica *Deus Caritas est*:

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

## *Las objeciones*

A pesar de que las cualidades de las criaturas remiten a su Creador, al corazón humano le asalta la sombra de la sospecha y de la duda cuando se topa con ciertas dificultades.

1ª-. La primera es la credibilidad de nuestra capacidad intelectual, cuestionada desde la modernidad por **las distintas formas de subjetivismo**: los empirismos, los positivismos, los agnosticismos y los relativismos. Ante ello, el profesor Arana va poniendo en evidencia las contradicciones y la arrogancia de los relativistas: de esos fundamentalistas del relativismo, que tachan de dogmáticos a los que no lo son, y rechazan lo que denominan falsas certezas, sin justificar por qué están tan seguros de que todas las certezas son falsas.

2ª-. El segundo escollo que hay que superar en el camino hacia Dios es el que surge ante **la existencia del mal**. Es la cuestión que muchos se hacen por atribuir su origen a Dios y no al mal uso de la libertad humana: “Desde que murió mi hija, sé que no hay nada”, le decía a Juan un conocido ante la tragedia que había sufrido con el accidente de su hija pequeña. El silogismo era evidente: Dios no puede estar en su origen; luego si existe el mal, no existe Dios.

Siguiendo distintas explicaciones, Arana va mostrando, desde la perspectiva de la teología natural, la relatividad de lo que consideramos males. Una cuestión que se va destacando especialmente en la etapa de la ancianidad y que favorece priorizar lo imprescindible: como subraya el libro del Qóhelet, al afirmar que lo decisivo no es la salud o la enfermedad, los éxitos o los fracasos, la prosperidad o la adversidad, sino vivir honestamente cada una de esas situaciones.

Respecto de las confrontaciones que se producen en el mundo natural, el filósofo de las ciencias hace ver que tienen un sentido consideradas globalmente, como, por ejemplo, señala Darwin al afirmar que el mal es un mecanismo necesario para la selección natural.

Asuntos más sensibles son el sufrimiento ante el dolor de los seres queridos, o las angustias y ansiedades provocadas por la enfermedad mental. Ahí el profesor comparte sus experiencias con la gente, haciendo notar que salvo excepciones, en esos casos la religión no es fuente de problemas sino apoyo para solucionarlos. Como él dice, muchas de estos problemas, ¿no se curarían mejor con más Dios y menos prozac? Pues, "si Dios no fuera Padre, lo único verdaderamente sensato —sentencia Arana— sería volverse loco de remate".

Pero este tipo de explicaciones no acaban de resolver la pregunta de cómo se compadece la existencia de un Dios Todopoderoso y Bueno con el mal, ni constituyen un verdadero consuelo para el que lo padece. Sería preciso explicar por qué Dios permite el mal uso de la libertad, que es el origen del único verdadero mal, que consiste en apartarse de Dios; y cómo Éste nos ha enviado a su Hijo para acompañarnos en el sufrimiento y alcanzarnos el Don del Espíritu Santo, que nos libera, nos sostiene y nos sana. Pero ahí entraríamos en el ámbito de la Revelación y ése no es el plano en que se desenvuelve este trabajo.

3ª-. La tercera objeción es **el escándalo de esa Iglesia** que los cristianos aseguramos que el Enviado del Padre instituyó como instrumento que perpetuara su acción salvífica entre los hombres: si Dios existe y ha fundado su Iglesia, ¿cómo se explican las abominaciones que se han dado en su seno, los malos ejemplos de sus pastores y las incoherencias de sus miembros?

Desde una perspectiva de teología sobrenatural habría que responder que ninguno de esos escándalos deben minar la fe divina porque ésta es teologal: sólo creemos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en su *santa* Iglesia, que no es la institución formada por hombres —“maldito el hombre que pone su confianza en el hombre”, dice Jeremías-, sino en lo que Dios hace en nosotros a través de su Palabra, los Sacramentos y la Comunión eclesial.

Pero el autor de *Teología para incrédulos* se mueve en el plano de la teología natural y por tanto recurre a sus experiencias para venir a concluir de forma muy semejante. Los crímenes que se han producido en la Iglesia, con los que algunos pretenden justificar que la religión es prescindible y la iglesia un lugar poco recomendable, proceden unas veces de la fragilidad de sus miembros, que son tan humanos como todos los humanos, y otras de la traición de algunos. También en el grupo de los Apóstoles escogidos por Cristo no faltaron las debilidades, como tampoco faltó un traidor.

No debemos rasgarnos farisaicamente las vestiduras porque además del trigo haya cizaña en la Iglesia. Y a los que rezumando resentimiento sólo se fijan en la cizaña, Juan Arana, que ha pasado su vida en ambientes hostiles a la fe, les replica que ha llegado a la conclusión de que vivir la fe sana y honradamente mejora bastante a las personas. Así lo expresaba en 1957 el alemán Heinrich Böll, quien, a pesar de que abandonaría la Iglesia católica años después, escribía no obstante:

“Prefiero el peor de los mundos cristianos al mejor mundo pagano. En un mundo cristiano hay sitio para los que se verían desplazados en cualquier mundo pagano: lisiados y enfermos, viejos y débiles. Los que el mundo pagano considera inútiles y sin valor encuentran en el mundo cristiano algo más que espacio físico: experimentan amor. Recomiendo a mis contemporáneos que intenten imaginar cómo sería un mundo sin Cristo”.

Por supuesto que hay religiones peligrosas y gente que toma el nombre de Dios en vano, invocando la religión verdadera para justificar sus fanatismos. Y por supuesto que la Iglesia está formada por hombres pecadores. Pero los que sólo se fijan en sus fallos, ni quieren entender que la Iglesia es la agrupación de los que vienen a ella porque se saben pecadores y quieren superarlo, ni son capaces de aceptar que —como explicó Benedicto XVI a la intelectualidad mundial en el Colegio de los Bernardinos de París, el 12 de septiembre de 2008—, los grandes logros de los que se enorgullece la civilización occidental (la democracia, las universidades, la investigación científica, los hospitales, la seguridad social, etc.) tienen su matriz en los monasterios y conventos.

Según anticipó Jesucristo a sus discípulos, los que lo siguieran tendrían que sufrir persecuciones, como siempre ha sucedido a los que han procurado vivir la fe con autenticidad. Pero otras veces el rechazo a los católicos procede de sus incongruencias que, en gran medida se han producido cuando, al convertirse en religión estatal, la Iglesia empezó a admitir al bautismo sin filtro alguno y a ordenar ministros indignos.

Especial aversión ha suscitado el clericalismo. Arana, que reconoce que es el tema que le ha costado más tratar en este libro, en parte lo justifica benévolamente como compensación al absentismo de los laicos, sin preguntarse por qué esos laicos cayeron en la tibieza cuando al estatalizarse la Iglesia, apareció la figura del cristiano sociológico y su jerarquía se convirtió en una instancia de poder cada vez con mayores adherencias mundanas.

No obstante, a pesar de su benevolencia, el autor también señala cómo, sin explicación natural, se ha mantenido la fe del rebaño mientras se producían las dudas de sus pastores. Y eso hasta el punto de recoger la dura pero realista afirmación de Gómez Dávila: "Mientras el clero no haya terminado de apostatar, va a ser difícil convertirse".

Y es que, como decía Charles Péguy en su *Ética sin compromiso*, "no hay malos tiempos. Hay malos clérigos. Todos los tiempos pertenecen a Dios, pero desgraciadamente no todos los clérigos le pertenecen... No es un secreto para nadie, y en las escuelas no se puede esconder, tal vez sólo en los seminarios, que la descristianización vino por culpa del clero. No viene de los laicos, viene del clero".

### *El nudo gordiano: entender la libertad*

En el fondo, la clave para resolver esos tres reproches que la modernidad ha lanzado contra la visión cristiana de la vida es entender y asumir nuestra libertad.

En efecto, el que niega la capacidad del ser creado a imagen y semejanza de Dios, para comunicarse con Él, es porque ha escogido libremente cerrarse a la dependencia del Ser trascendente y vivir como si fuera Dios. Por su parte, el que niega que pueda existir un Dios que permite el mal, es porque lo culpa de lo que sólo es responsable la criatura personal. Y, asimismo, el que se escandaliza porque en la Iglesia haya cizaña, es porque no ha evitado mirarse al espejo para no reconocer su propio pecado.

Como cuenta Juan Arana, cuando éramos jóvenes estuvo de moda un libro del freudomarxista de origen judío-alemán, Erich Fromm, que ostentaba el sugerente título de *El miedo a la libertad*, en que especula sobre ésta desde su experiencia clínica con sus pacientes. Con independencia de las ideas de Fromm sobre la libertad humana, puede afirmarse que nos cuesta reconocerla porque nos resistimos a asumirla.

La libertad es la consecuencia de la espiritualidad de nuestra alma que, al no estar atrapada por el instinto con que los seres corruptibles luchan contra la muerte, puede actuar o no actuar, y actuar de una manera o de otra. Y, de esta forma, el ser libre puede ser un yo, puede sentirse el origen de sus actos porque ha podido interiorizar los dones recibidos.

Dios ha querido crear criaturas personales que puedan ser dueñas de su destino. Pero, claro, si la libertad de nuestro ser personal es el centro de nuestra dignidad —que nos hace interlocutores de Dios y llamados a la comunión temporal y eterna con Él—, su mal uso nos expone a graves consecuencias.

De ahí que mucha gente no quiera libertad, porque tiene miedo a ejercerla, porque no quiere responsabilidades, ni rendir cuentas a Dios, ni el caos que surge de su mal uso. Y



por eso también, los ateos son deterministas: necesitan serlo para eludir la posibilidad de las penas del infierno y son partidarios de prohibirla. Prefieren programación y viven aquejados del síndrome de Peter Pan. Niegan la Biblia por miedo a la eternidad y al infierno y prefieren la reencarnación para no tener que rendir cuentas de los propios actos.

Esto explica la pertinacia de la cultura contemporánea en negar todo atisbo de libertad, así como de espiritualidad, que es el origen de aquella. Y por eso me parecen tan oportunas las consideraciones de este filósofo de las ciencias que, analizando los postulados de los científicos cerrados al espíritu, va mostrando, de una parte, que en el cosmos y mundo natural hay una versatilidad e indeterminación que los hacen adaptables a que existan seres libres; y, de otra, va demostrando que la versión evolucionista no explica la libertad, sino que, por el contrario, que ésta exista presupone un plus divino que trasciende al orbe natural: cuestiones éstas que el autor ha tratado exhaustivamente en varias de sus obras.

Me parece urgente explicar adecuadamente la libertad y la espiritualidad humanas. Desde que en la carrera estudié las diversas modalidades materialistas de los pensadores de la modernidad, siempre he pensado que la asignatura pendiente de la tradición filosófica cristiana es realizar una adecuada fenomenología del espíritu.

En efecto, si Hume o Comte pudieron negar la existencia del espíritu, fue porque la escolástica lo había basado erróneamente en la racionalidad, y, al mostrar ellos que ésta es una propiedad que también poseen los animales —aunque sea en un grado muy inferior y con una forma no universal o científica de ejercerla—, entró en crisis la idea de la espiritualidad del alma humana.

Igualmente, dejándose llevar por esa errónea concepción de lo espiritual, la *Fenomenología del espíritu* de Hegel no explica el *software* del espíritu, sino las confrontaciones del mundo material y, en todo caso, el funcionamiento de los espíritus que se materializan por el egoísmo. La dialéctica sujeto-objeto sólo existe en el ámbito de la inteligencia y la afectividad corpóreas que, al ser mortales, están dominadas por el instinto de supervivencia, y objetivan la realidad circundante en orden a su utilización.

En cambio, un espíritu no contaminado, al sentirse inmortal, es capaz de trascender la barrera de su egoísmo y mirar desinteresadamente a los demás, sin objetivarlos o cosificarlos, sino tratándolos como sujetos capaces de ampliar y enriquecer la propia subjetividad. El espíritu no percibe objetivando, sino amando desinteresadamente, entrando en la subjetividad del otro, al que valora por sí mismo.

Por eso me alegra tanto que al final de estos cincuenta años de afanosa búsqueda, a mi amigo Juan Arana se le haya concedido entrar en esa comunión interpersonal con Dios, que es el fin para el que hemos sido creados.